

Miquel Dolç

TRAS LAS HUELLAS DE LA HISTORIA INTEGRAL.
LA *LITERATURA CATALANA CONTEMPORÀNIA* DE JOAN FUSTER

Parece muy probable, casi seguro, que la reciente *Literatura catalana contemporània* de Joan Fuster, con la que inaugura su presentación una nueva empresa editorial (Barcelona, Curial), bajo el epígrafe de «Documents de Cultura», despierte inmediatamente las suspicacias, después el descontento, más tarde la censura. Son gajes del oficio. Diríase que el mismo Fuster se lo ha buscado. Desde el umbral de su vasta obra, de medio millar de páginas, tipográficamente irreprochable, advierte, en efecto, que una «historia contemporánea»— de la literatura o de lo que sea— implica siempre aquel riesgo múltiple, que todos se afanan por acelerar, conocido con la designación de «falta de perspectiva». Una perogrullada, claro. Capaz, sin embargo, de poner a prueba todo el dispositivo de la mente mejor organizada, más intrépida y desenvuelta. Quien se atreve a afrontar tales faltas de perspectiva comete, por este solo hecho, un acto de valor; y merece quizá, desde un principio, un voto de confianza.

Sí, «aunque» manipula hechos que ni siquiera han cesado de acontecer; o, mejor, «porque» los reseña precisamente antes de su conclusión. Continúan, efectivamente, tales hechos desarrollándose como actualidad maleable y versátil, previsible a veces, qué duda cabe, de cara a una definición última, pero abiertos también casi siempre al cambio y a la contradicción. Calcula Joan Fuster que casi dos tercios de los escritores que abarca en su exposición siguen viviendo y trabajan: nada impide que, de golpe, uno de ellos rompa con su pasado, con su propia semblanza conocida, y se lance a una nueva etapa hasta modificar esencialmente su fisonomía. Como pensador, crítico y ensayista, Joan Fuster tiene que operar sobre una obra que, por estar en pleno funcionamiento, no es aún «historia» en el sentido ritual del vocablo.

Pero, cabría preguntarse, ¿en qué situación se hallan los mismos escritores ya fallecidos en el transcurso de este panorama contemporáneo? No pueden escapársele a Joan Fuster los problemas que ellos mismos plantean, aunque en un grado menos maligno. Téngase presente que su *Literatura catalana contemporània* cubre un período de setenta años: de 1890 a 1961, de Maragall a Espriu. Ningún escritor comprendido en este arco temporal deja de estar demasiado próximo para que su nombre y su significado admitan una puntualización sólida y clara, definitiva. Por otro lado, se entreverán con estos conflictos una perturbadora concatenación de datos, difíciles de ordenar y jerarquizar, de ardidés o tópicos propicios a la confusión. Se comprende, ante este amasijo de dificultades, que Joan Fuster, según su mismo testimonio, no se hubiera enredado jamás por propia iniciativa en semejante empresa. Ha cedido, confiesa, a una presión moral. Pero se siente plenamente responsable de su decisión, *cuique suum*. Sólo esto importa.

¿No habrá, sin embargo, en el fondo de esta actitud, una nueva muestra, la más incontenible, la más impúdica acaso, de su temperamento de porfiador y polemista? Por ser una materia tan viva, incrustada en nuestro ser y nuestro futuro, la literatura catalana

contemporánea, como índice de toda una cultura, se halla en permanente estado de sitio. Joan Fuster ha rebuscado siempre, como parte de su vida, tales situaciones. Pero, aun así, la cosa más natural para el inconformista es la entrega, hasta agotarlo en todos sus rumbos, a un personaje, un hecho, un movimiento. No, en suma. A todo un período histórico, que exige una serie de requisitos, capaces de descorazonar al más pintado: acuidad personalísima en la percepción coherente de las líneas; dominio y autoridad sobre las leyes de la síntesis; rigor en el esclarecimiento de los problemas, personales o colectivos, menos cómodos e incluso paradójicos; firmeza en separar, aun a riesgo de equivocarse, los brillos momentáneos de las entidades positivas y duraderas.

¿Cuadratura del círculo? Tal vez, si me apuran, ciertamente. Querer triunfar en semejante empresa equivale, en verdad, a resolver uno de estos problemas que, al decir de los matemáticos, exigen demasiadas condiciones, como, por ejemplo, hacer pasar una circunferencia por cuatro puntos dados al azar. Hay que contentarse, en la mayoría de los casos, con que la circunferencia pase por tres puntos y se aproxime, lo más posible, al cuarto. No ha sido otra, a mi entender, la intención de Joan Fuster al poner a nuestro alcance esta perspectiva, bien articulada y rica en documentación, de las letras catalanas en la parte más enjundiosa del siglo XX. De aquí, sin duda, el reconocimiento de sus limitaciones y el deseo de justificarse con unas reservas elementales, para que su texto pueda ser aceptado «amb la prudència congruent»: una prudencia, desde luego, relativa, y él lo sabe, porque no es posible imaginar una obra suya, cualquiera sea su tono o su contenido, que no arranque de opiniones notoriamente subjetivas, libres de esquemas previos, afiladas y a menudo incómodas, agresivas.

Puede afirmarse que es ésta la nota relevante de *Literatura catalana contemporània*, como producto, casi siempre, de lecturas directas y, siempre, de estímulos y condicionamientos personales: «meus», precisa Fuster. Por tanto, básicamente, ¿simples «apunts d'un consumidor»? Así define su obra, con una evidente pirueta mental o expresiva, el autor. No vayamos a admitir sin más su confesión de aparente *spaccatutto*, cuando se trata de un verdadero militante, todo lo singular o divertido que se quiera, pero también informado, reflexivo y obstinado. Es evidente que, en este choque de supuestos casi contradictorios, su *Literatura catalana contemporània* no debe responder al esquematismo expositivo de un «manual escolar», ni, por su voluntad selectiva, al acopio indiscriminado de un «repertorio», ni, en virtud de su desdén por toda actitud *professoria* —como diría Quintiliano—, a una «historia crítica». Pero si prescindimos de la acepción específica, y en fondo peyorativa, de cada uno de estos tres programas y extraemos de su campo de acción, barajándolas y fusionándolas, sus respectivas connotaciones más dignas, nos habremos acercado sin duda a la interpretación que puede asumir en Joan Fuster una visión de la literatura contemporánea en Cataluña.

No dejarán de parecer sencillas, y hasta poco explícitas, las fuerzas básicas sobre las que ha levantado su edificio. Se reducen a tres, de vaga titulación, pero suficientes: «La fi de segle» (1890-1910), «La plenitud del Noucents» (1911-1931) y «Uns anys decisius» (1931-1961); dos decenios, en suma y un período de treinta años, quizá como pautas generacionales o como espacios intercomunicables de vida cultural. Mas cada

uno de ellos comprende, bien definidas, numerosas parcelas: veinte, el primero; treinta y tres, el segundo; trece, el tercero. Es a través de todas ellas donde se perfila, orgánico y limpio, el pensamiento de Joan Fuster. ¿Podría esperarse de él, teniendo presentes su curiosidad por todas las manifestaciones del fenómeno humano y la plenitud de su conciencia catalana, que ciñera su análisis al puro hecho literario? Es, sin duda, el estudio de los autores y de las corrientes culturales, y no podía suceder de otra forma, el núcleo de su extensa obra. Adquieren incluso el carácter de auténticas monografías, tanto por la amplitud como por el planteamiento global de cada personaje, las páginas dedicadas a las figuras de primera fila: Costa, Maragall, Alcover, Ruyra, Rusiñol, Ors, Carner, Guerau de Liost, López-Picó, Riba, Sagarra, Salvat-Papasseit, Foix, Joan Oliver, Puig i Ferrer, Pla, Gaziol, Villalonga, Pedrolo, Espriu.

Todo este complejo material, sin embargo, resultaría ininteligible si se le aislara de la historia y del desarrollo científico –de Cataluña, España y Europa– con los que se paralela y entremezcla bajo el superior criterio de la cultura. Creo que hay que buscar en este procedimiento simultáneo la ejemplar novedad o el mérito principal –con ser muchos sus méritos– de la presente *Literatura catalana contemporània* de Joan Fuster. Cabía esperarlo, desde luego, de la sagacidad y profundidad con que está acostumbrado a tratar, proyectándolos hacia las zonas más inesperadas, los argumentos sometidos a su juicio. De aquí que en su obra, tan vertebrada y coordinada en todas sus partes, se mezcle hábilmente el estudio de los escritores y las tendencias literarias con las alusiones, a menudo extensas, siempre agudas y, si es preciso, revisionistas y polémicas, a los contextos sociales, económicos, políticos y lingüísticos. Una historia de la literatura se convierte así en un sistema bien trabado de ideas del que se hace depender, en toda coyuntura, la acción o el sentido de cada autor, cada obra y cada novedad.

¿Una visión, por tanto, panorámica, basada en un simple repertorio de valores egregios? En modo alguno. Aunque se funda en la teoría del historicismo integral, Joan Fuster ha incrustado en su retículo cultural una impresionante cantidad de datos, detalles y conocimientos concretos que resultan a veces inaccesibles en otras publicaciones. No elude incluso ciertas vindicaciones justas, como la de J. M. López-Picó. Es probable, no obstante, que no noten ausencias o menciones demasiado veloces. Al decidirse a cerrar su exposición «amb la gent de la meva lleva» –puntualiza–, se quedan automáticamente fuera de órbita obras tan notables como la de R. Folch i Camarasa, R. Salvat, Josep M. Llompart, Blai Bonet, «i més i més». De acuerdo. Pero sin duda convenía tener alguna consideración con figuras que ocupan ya un lugar específico en nuestro desarrollo literario, como C. Fages de Climent, T. Roig i Llop, L. Amigó, J. Pons i Marquès, E. Sans, A. Caimari, Maria dels Àngels Vayreda. Y no, precisamente, porque «tothom hauria de ser-hi». Casi los mismos reparos, *mutatis mutandis*, habría que oponer a la bibliografía –muy útil, por otra parte, y la primera en su género–, preparada por Ramon Pla i Arxé, que cierra el volumen.